

MOON

Sofia Vásquez



Image not found.

Capítulo 1

Una noche de pesadillas había arremetido en mi mente. Siempre era lo mismo. Alguien me buscaba, nunca dejaba de hacerlo. Y me asustaba, se metía en mi mente; susurraba cómo me mataría. Sin embargo, alguien también me protegía. Y nunca veía su rostro. Sólo sentía la calidez de sus brazos alrededor de mí y eso me gustaba...

--- ¡Abajo, todos a desayunar camada!--- gritó mamá desde abajo, cómo siempre tan paciente.

Le guiñé un ojo al espejo, contemplando de ojeada la marca de nacimiento en mi cuello. Una media luna unida a una estrella. Salí trote abajo hacia el comedor. Deliciosos y perfumados panqueques con sirope de chocolate nos esperaban, dulce y ácido jugo de naranja enloquecía a mi paladar. Esa chica debía llegar rápido, el comienzo de tercer curso tenía que ser lo más tranquilo posible. Mis hermanos devoraron los platos en menos de dos minutos, francamente todos éramos un gremio de bestias insaciables. Dios bendiga las manos de mamá.

--- Más te vale no volver mierda mi primer día, Gab--- advierte suspicaz Jordan; mi hermano mayor. Lo más cauto posible para que mis padres no escucharan, para su jodida suerte se levantaron para hablar en la cocina. Lucían ceños preocupados. Trabajo, pensé de inmediato. Le saqué la lengua.

--- No prometo nada ---alego con una sonrisa diabólica. Sus ojos negros me demuelen con una promesa vengativa. Nuestros hermanitos mellizos, Adam y Alex; esperaban ansiosos uno de nuestros espectáculos incansables.

--- ¡Pues no te queda otra! La última vez insinuaste delante de la preciosa chica con la que salía y sus amigas, qué tenía una enfermedad contagiosa en la piel. ¿Qué rollo tienes?

Se oía enojado. Suspiré con aburrimiento, encogiéndome de hombros.

--- Ok, entiendo. Juro no volver a divulgar falsamente qué tienes herpes hermanito...

--- ¿iQué!?

Casi no pude escuchar su reproche de nenita de preescolar. La bocina de Dylan me alertó de que ya era hora. Salí disparada a la salida teniendo en cuenta la paliza que me daría Jordan luego. Reí por el pensamiento.

--- ¿Lista, ricura?

Rodé mis ojos.

--- Claro, princesa. Acelera a tu trasero, no quiero llegar tarde--- apremio a mi sádica mejor amiga. Sus ojos verdes destellaron con adrenalina. Pisó el acelerador cómo el mismísimo demonio. Revolviendo mí desayuno.

Desearía haberme quedado a patear el trasero a mi hermano. En fin, prefiero llorar por dolor a por aburrimiento.

---... quisiera qué todos fuesen tan aplicados cómo Stacy--- refunfuñaba con irritación nuestro maestro orientador. El nuevo pero calvo requisito escolar, qué lamentablemente no desaparecía con un borrador.

Stacy Fulk. La mojigata y cerebrita portadora de un gen de zorras hipócritas. Claro está, la que hace favores del tercer tipo a sus superiores académicos. Me siento mal por haber deseado alguna vez su amistad. Y ahora tengo a la mejor loca del mundo. Leila.

Genial. Él miraba de reojo a Stacy, lo que no sabía es lo notorio que era la perversión en su rostro. Quería vomitar. Y hacerlo encima de él, lo merecía.

"Srta. Andersen se le solicita en la oficina del director con carácter de gran urgencia"

Oh-ho. ¿Leila en problemas? ¿Mi mejor amiga? Imposible.

Me rogaba auxilio en silencio, yo estaba perdida en un sinfín de posibilidades. Leí sus labios y me prometió copiarme por si acaso sucedía algo. Asentí apretando mis labios, mientras observaba con desdén cómo salía. Un hormigueo no del todo desagradable me recorrió de pies a cabeza, haciéndome temblar. Mi visión se vió ensombrecida durante tres segundos, tuve qué cerrar los ojos para recuperarme, los froté con fuerza ordenándome no perder el control.

Cuídate. Ya es hora.

¿Qué fue eso?

Su madre tuvo un accidente. Y yo no podía estar allí para acompañarla, qué clase de persona y amiga soy. Mordí todas mis uñas mientras caminaba a pie, no me quedaba de otra. Además, es un pueblo pequeño.

Todos se conocen, lo saben todo de cada habitante, o al menos gran parte.

Ven.

De nuevo esa voz. Profunda y seductora. Caray, deliro demasiado. ¿De dónde vendrá?

Aquí estoy, encuéntrame.

Volteé hacia mi izquierda. El frondoso bosque me recibió con fuertes y helados vientos. Qué bienvenida tan tierna, ironicé al universo. Caminé palpando la curiosidad que no hacía más que avivarse. El crepúsculo tomaba lugar en el horizonte, maravillada me quedé mirando.

Había olvidado por qué estaba allí. Hasta qué me agarran por detrás cubriendo mis ojos y mi boca demandando un grito horrífico. El frío ahora se esparció por todos lados, acibillando al calor en mis células.

--- Te encontré y tú también lo hiciste. Eres mía. Antes, ahora y siempre--
- declaró esa voz contra mi oreja. Todas las otras promesas escuchadas anteriormente se inclinaron ante esta. *Era pura. Era vida. Era sangre.*

Incrustó sus dientes en mi cuello. Provocando el mayor dolor jamás inducido en mí. Sellando algo... No sé el qué. Sólo sabía que era horrible. Doloroso. Espantoso...

--- ¡Gabrielle Elaine Bennett!--- mamá me sacudió bruscamente despertándome en completa histeria en la comodidad de mi cuarto. La miré en confusión.

--- ¿Qué hago aquí?

--- Has estado durmiendo toda la tarde. Despierta, niña. Es hora de cenar.

¿Qué demonios? ¿Un sueño?

Revisé el teléfono. Sólo un mensaje de Leila.

“¿Por qué no has llamado? No me digas que estás de malas ¡Tus hormonas tardan mucho en discutir conmigo!”

No conseguía tranquilizarme, revisé cada espacio de mi cuarto. Le respondería mañana a sus preguntas, aunque por ahora no existiera una respuesta para ninguna.

Nada sospechoso. Alguien me abrazó por detrás y arremetí contra el cuerpo.

--- ¡AY! Tengo una cita mañana hermanita. No quiero tener moretones.

Era el imbécil de Jordan con sus clásicas quejas de princesa enamorada, puse mis ojos en blanco y seguí volviendo mi cuarto patas arriba. ¡Nada, joder, nada!

--- ¿Qué buscas con tanta desesperación?--- interroga preocupado, sus ojos café escrutando analíticos mi comportamiento. Abrí y cerré mi boca. Titubeé.

--- Eh, nada... Sólo, ahm, me pareció ver una rata o un ratoncito. Nada más. Y... y... ¡La iba a llamar Panfi! Pero ya se fue--- miento con tono triste.

--- ¿Qué mierda? ¿Panfi?

--- Sí--- digo con la mayor convicción. Tragué con fuerza.

Entrecerró su mirada, después la suavizó inseguro.

--- Okey... No sabía qué te gustaban esas andrajosas sabandijas, pero está bien.

Me encogí de hombros y decidí bajar a cenar. Esto no se iba a quedar así. ¿Verdad? No podía ser así.